**Monseñor Joaquín Ramos, martirio olvidado.**

Luis Van de Velde. Comunidades Eclesiales de Base. Junio 2019

Los asesinatos de los sacerdotes Walter Vásquez (2018) y Cecilio Pérez (2019) nos hacen recordar a otro sacerdote diocesano, el obispo Monseñor Roberto Joaquín Ramos Umaña, asesinado en 1993. Son tres sacerdotes asesinados desde los Acuerdos de Paz (1992).

En primer lugar, llama la atención que Monseñor Joaquín Ramos ha sido olvidado. El arzobispo Monseñor José Luis Escobar Alas escribe en su segunda carta pastoral acerca de este mártir: *“Su nombre mismo quedó silenciado en un pasado que la grave situación de violencia y muerte que azota al país desde hace largos años, no permite recordar.”*  De verdad, ¿Quién se acuerda de su asesinato el día 25 de junio de 1993? Se le menciona en la Agenda Latinoamericana. Aparecen testimonios sobre él en el libro “*Testigos de la fe en El Salvador. Nuestros sacerdotes y seminarista diocesanos mártires 1977 – 1993”.* La carta pastoral “*Ustedes también darán testimonio, porque han estado conmigo desde el principio*”, de nuestro arzobispo, dedica unas páginas a la vida de Monseñor Ramos. No hay celebraciones especiales en su memoria. Ni la diócesis castrense lo recuerda públicamente. Ni las comunidades eclesiales de base refrescan su memoria. ¿Quién sabe donde están enterrado el cuerpo destrozado de Monseñor Ramos?

Hay una dimensión especial en su martirio. Monseñor Ramos ha sido obispo castrense, es decir el obispo encargado de la diócesis castrense. Cuenta con sacerdotes que son capellanes castrenses. Abarca las fuerzas armadas y a los familiares de los militares. Siendo así, más nos extraña que no se ha hecho la debida investigación acerca del asesinato de Monseñor Ramos. “*Por una u otra razón*”, escribe el arzobispo, su martirio “*en extrañas circunstancias jamás fueron esclarecidas*”. Uno se pregunta: ¿Si asesinaron al obispo castrense, porqué la misma fuerza armada no ha hecho hasta lo imposible para aclarar ese asesinato? Ya no eran tiempos de guerra, sino ya estábamos a un año y medio después de los Acuerdos de Paz. No podemos hacer otra cosa que retomar la pregunta que el arzobispo menciona en su carta: *“Tristemente nuestra historia no tiene tiempo para recordar a sus víctimas en forma adecuada. La pregunta es porqué. ¿Se busca esconder a los victimarios?”*  ¿Sería que los altos mandos del ejército bien sabían quien (y porqué) habían asesinado a su propio obispo castrense y que optaron por “esconder a los victimarios”? Tampoco he sabido de esfuerzos del sucesor de Monseñor Ramos en la diócesis castrense por lograr aclarar la oscuridad alrededor de ese asesinato. ¿Era complicidad en el silencio? Me hace sospechar que el alto mando del ejército consideraba que Monseñor Ramos tenía demasiado “información”, que podría revelar más de la cuenta sobre el involucramiento de altos militares en la violencia en contra de nuestro pueblo. ¿Consideraban – como ya el sumo sacerdote Caifás había dicho en tiempos de Jesús – que convenía que muriera un solo hombre por el pueblo y no que toda la nación pereciera. (Jn 11,50)? Es decir: ¿consideraban que era mejor que muriera su propio obispo castrense y no que se descubriera la verdad sobre el actuar del alto mando militar? Y como consecuencia, no es de extrañar que hayan obstaculizado totalmente posibles investigaciones y hasta quizás desaparecieron toda la documentación relacionada. Tutela Legal del arzobispado dijo en aquel tiempo que era *“urgente que el Estado salvadoreña, por medio de sus instituciones, realice una exhaustiva investigación judicial y policial de los hechos, para establecer la identidad de los responsables del mismo, y sobre todo, para precisar cuál fue el verdadero móvil del asesinato*.” La conferencia episcopal no aceptó la pronta “respuesta” de que fue algún delincuente común quien asesinó a Monseñor Ramos.

En su carta pastoral nuestro arzobispo escribe: “*Fue un sacerdote comprometido en el seguimiento a Cristo, algo que, seguramente, le condujo al martirio.”* (142). Siendo así, creo que la Iglesia salvadoreña tiene la obligación de recoger los testimonios de personas que han conocido a Monseñor Ramos, que han vivido su experiencia eclesial, que han escuchado sus mensajes. ¿No existirían escritos que alguien puede haberlos guardado? Me parece que el pueblo de Dios en El Salvador tiene el derecho a conocer más a fondo la vida, el mensaje, la práctica de ese sacerdote “ *comprometido en el seguimiento a Cristo*”. Quizás especialmente habrá que investigar cómo ha llevado su pastoral al interior de las fuerzas armadas, qué relación tenía con el alto mando, qué mensaje para los soldados, qué mensaje para los familiares de los militares. Todas las personas que viven su fe comprometida en el seguimiento a Jesús son testimonio vivo. No podemos olvidarnos de su legado. Más bien tenemos que hacer todos los esfuerzos por recuperar su memoria, su testimonio, su modelo de seguir a Jesús. Desde las parroquias donde el Padre Ramos ha realizado su trabajo pastoral hasta en la diócesis militar, se tendrá que levantar su testimonio. Han tratado de callar su voz. No podemos ser cómplices, tampoco hoy. Si su testimonio le condujo al martirio, nos urge conocerlo y aprender de él. Así será otra luz en nuestro camino.